


Afectos fósiles: un diálogo entre las petromasculinidades y la teoría de los afectos

Lionel Delgado Ontivero
Universitat de Barcelona 

<https://dx.doi.org/10.5209/revi.101518>

Recibido: 7/3/2025 • Aceptado: 1/9/2025

ES Resumen: El concepto de las petromasculinidades permite entender cómo el negacionismo climático se articula con la reacción antifeminista y el resto de las posturas autoritarias. Este enfoque indaga en cómo las identidades masculinas se construyen en contextos de incertidumbre social a través del odio y el deseo fósil. No obstante, existen una serie de preguntas que el enfoque de las petromasculinidades debe abordar para poder ampliar y profundizar en su análisis. En este artículo se presentan algunos de esas cuestiones y se las intenta responder desde la teoría de los afectos que se revela como un enfoque complementario y enriquecedor para descentralizar el sujeto, introducir una mirada material e institucional de las petromasculinidades y afinar las propuestas políticas.

Palabras clave: petromasculinidad; ultraderecha; afectos; género; masculinidades.

ENG Fossil affects. A dialogue between petromasculinities and affect theory

Abstract: The concept of petromasculinities allows us to understand how climate denialism is articulated with the anti-feminist reaction and other authoritarian positions. This approach elaborates on how masculine identities are constructed in contexts of social uncertainty through hatred and fossil desire. However, there are a series of questions that the petromasculinities approach must address in order to broaden and deepen its analysis. This article presents some of these questions and attempts to answer them from the theory of affects, which is revealed as a complementary and enriching approach to decentralize the subject, introduce a material and institutional view of petromasculinities and refine political proposals.

Keywords: petromasculinity; far right; affections; gender; masculinities.

Sumario: Introducción. Reenfocando el problema. La petromasculinidad y la compensación del odio. Los retos del enfoque de las petromasculinidades. El enfoque afectivo y las atmósferas fósiles. De la nostalgia fósil al apego colectivo. Reimaginar la (petro/eco)masculinidad. Conclusión: hacia un reenmarcamento afectivo de las petromasculinidades. Bibliografía.

Como citar: Delgado Ontivero, L. (2025). Afectos fósiles: un diálogo entre las petromasculinidades y la teoría de los afectos. *Re-visiones* 15(2), e101518.

Introducción. Reenfocando el problema

Vivimos un momento de encrucijada civilizatoria. Los umbrales biogeofísicos del planeta son transgredidos con una regularidad férrea configurando con lo que desde hace ya unas décadas se ha llamado Antropoceno. Por si no fuera poco, a esa insistencia ecosuicida le acompaña una tendencia, también destructiva, en lo social. Así, la crisis democrática cristalizada en el auge de las fuerzas ultraderechistas, el descrédito de los valores comunitarios, la polarización política (McCoy et al. 2018; Przeworski 2022) o la fatiga democrática (Rupnik 2007; Kelley 2022) alimentan una paradoja política: cuando nunca ha sido tan importante el compromiso, nos enfrentamos a la obstinada resistencia a la acción climática, aun cuando la evidencia científica clama por una transformación radical.

Esta persistencia en el daño, no obstante, guarda especificidades sociales que necesitan un análisis profundo. Y entre estas especificidades, el carácter fuertemente generizado del negacionismo supone un

elemento importante al que aún no se le ha prestado suficiente atención en el contexto español. Este artículo se propone abordar los sustratos afectivos y de género de las posiciones negacionistas climáticas centrados en la noción de *petromasculinidad* como nexo articulador de las resistencias afectivas, las posiciones políticas y las identidades de género reactivas.

Si bien los discursos sobre el negacionismo climático suelen tener presente el matiz masculinizado del mismo, se suele pasar por alto la estrecha imbricación entre la masculinidad y la cultura fósil en los discursos, prácticas y símbolos negacionistas y, en concreto, cómo este negacionismo opera en un orden afectivo, a saber, constituyendo una organización de deseos y afectos masculinos que enlaza perfectamente con la ideología neoliberal, extractivista y de extrema derecha.

Se ha apuntado ya cómo las posiciones negacionistas climáticas suelen articularse conjuntamente con otras posiciones ideológicas como el racismo, el nacionalismo o, directamente, con el fascismo (Forchtner 2019; Moore y Roberts 2022), pero en estos análisis no siempre aparece la cuestión de género, aun sabiendo que la brecha de género es posiblemente de las pocas constantes sociológicas en el voto a la ultraderecha (Harteveld et al. 2015; Immerzeel et al. 2015; Delgado 2021).

¿Qué sustrato afectivo sostiene el ensamblaje masculinidad-conservadurismo-negacionismo en el caso español? ¿Qué economías afectivas sostienen el negacionismo climático masculino? En las páginas siguientes presentaremos la propuesta de la petromasculinidad de Cara Daggett, incidiendo en sus principales características y las contribuciones que le siguieron. Plantearemos también algunas ausencias o temas pendientes en esta propuesta, para pasar a plantear la propuesta que articula este texto: la teoría de los afectos es un valioso aliado en la comprensión de las petromasculinidades en un sentido analítico y político. Presentaré la teoría de los afectos de Sara Ahmed y Lauren Berlant y cómo dialoga con el marco de las petromasculinidades ampliando y profundizando su mirada. En la última parte presentaremos qué líneas de acción propone el enfoque de las petromasculinidades y, otra vez, cómo se pueden llevar más allá a través del enfoque afectivo.

La petromasculinidad y la compensación del odio

La petromasculinidad de Cara Daggett (2018) apunta a la relación entre la virilidad hegemónica con la materialidad simbólica y económica de los combustibles fósiles. Daggett parte de un presupuesto crítico: la crisis climática no es solamente un colapso ecológico, sino que se trata de un fenómeno cultural profundamente generizado por el cual las estructuras de poder patriarcal, racial, misógino y extractivista se co-constituyen. La petromasculinidad revela cómo la dominación sobre la naturaleza y la explotación de hidrocarburos han sido históricamente codificadas como gestos viriles, performadores de una soberanía masculina cisheteropatriarcal y blanca sobre la naturaleza.

La maquinaria petrolera, con su estética de fuerza bruta y su narrativa de conquista, se erige como metáfora de un cuerpo masculino idealizado: duro, autosuficiente, indomable (Vindel 2023; 2020). El imaginario fósil, basado en el simbolismo de los combustibles fósiles, como el carbón y el petróleo, están profundamente entrelazados con la identidad masculina en muchas culturas capitalistas occidentales. Las petroculturas del siglo XIX en adelante se conforman ligando los combustibles fósiles con el progreso, como reflejo del desarrollo y el triunfo de la Cultura Occidental sobre el Mundo.

Trabajar en estas industrias se asocia con la fuerza, la dureza y la independencia, características valoradas según el orden de género occidental contemporáneo. La explotación y el consumo se convierten en una forma de reafirmar la masculinidad.

Para Daggett, en la fase del capitalismo tardío actual la crisis climática comienza a generar incógnitas y cuestionamientos al modelo económico. Este contexto aumenta una *ansiedad climática* (Ray 2020) por la cual las poblaciones se sienten cada vez más desprotegidas ante eventuales desastres naturales, migraciones forzadas, promesas de escasez y pérdidas económicas. Esta ansiedad climática, como desarrolla la autora Sarah Ray, es un fenómeno que afecta especialmente a poblaciones blancas norteamericanas¹. El miedo de los “ansiosos climáticos” puede ser utilizado como una cortina de humo social, alarmista y potencialmente incluyente en las agendas conservadoras, facilitando la dedicación de recursos a políticas que apaciguan al grupo dominante en vez de atender a los refugiados climáticos. La ansiedad climática, lejos de conducir a una *justicia climática* (Schlosberg y Collins 2014) puede potenciar movimientos de conservadurismo social.

Este movimiento ansioso encuentra un gran aliado en los intentos de resistencia de otra crisis abierta: la crisis de la identidad masculina. Esta segunda crisis viene de una serie de cambios a nivel social, estructural, cultural y ético: la desestabilización del binomio productor/reproductor (que genera una identidad flotante), la desindustrialización y la crisis del trabajo “viril” (que puede alimentar una nostalgia fósil hacia trabajos explotadores pero que generaban estatus) (Kimmel 2010), la introducción de la cultura de la autoayuda masculina (ligada a la noción de éxito y competencia), etc.

¹ Véase Sarah Jaquette Ray, “Climate Anxiety Is an Overwhelmingly White Phenomenon” en *Scientific American* (marzo de 2021). Disponible en: <https://www.scientificamerican.com/article/the-unbearable-whiteness-of-climate-anxiety/>

Para Daggett, junto a otros autores (Nelson 2020; Allen 2021; Fowks 2021), la petromasculinidad, así como el uso y el imaginario de combustibles fósiles que la sostienen, podría estar funcionando para muchos hombres como un dispositivo compensatorio y violento en respuesta a las ansiedades de género y climáticas. La petromasculinidad como bote salvavidas. Esta metáfora del bote salvavidas no es baladí. Daggett cita a Christian Parenti cuando habla de cómo la respuesta del Norte Global es la de *la política del bote salvavidas armado* (Daggett 2018, 3), una respuesta a la incertidumbre climática a través de un nuevo autoritarismo militarizado y survivalista.

De esta forma, la contribución novedosa del concepto de petromasculinidad es mostrar cómo los combustibles fósiles no solo sostienen sistemas económicos, sino que también articulan identidades patriarcales blancas, y apuntan a cómo la explotación energética está ligada a performances de virilidad y dominio. Y en contextos de ansiedad ante el Antropoceno se sedimenta una *petro-nostalgia* (Daggett 2018, 7) que exacerba los deseos autoritarios y la manifestación de prácticas violentas que tienen en última instancia una función psicológica y social. De ahí que desde el marco de la petromasculinidad se ha incidido en cómo la ultraderecha ha buscado conectar y enfatizar la cultura fósil con valores conservadores extractivistas, racistas y misóginos, convirtiendo a los combustibles fósiles en un símbolo, no sólo del progreso y del triunfo masculino sobre una naturaleza feminizada, sino también de resistencia frente a un mundo en crisis.

En esta línea, Daggett apunta a ejemplos como prácticas como el *rolling coal*, la práctica de modificación de los controles de emisiones de los coches diésel para expulsar una nube negra por el tubo de escape. Pero también podemos considerar la utilización de coches SUV (Sport Utility Vehicle, 'Vehículo Utilitario Deportivo'), innecesarios para la ciudad y que son más bien una demostración de poder y estatus por su tamaño y su alto consumo; el aumento de la potencia, el sonido (por escapes estridentes sin silenciador) o la iluminación de coches o motos; la quema de neumáticos en celebraciones; la hostilidad hacia coches eléctricos; el imaginario de armas de fuego o la caza con vehículos todoterreno; el NASCAR; los rallies de *monster trucks*; o la cultura *prepper* (preparacionista) fuertemente masculinizada que lleva a almacenar armas y combustibles para un colapso climático imaginándose como últimos hombres capaces de sobrevivir y reflejando un deseo de restaurar un orden patriarcal blanco en un mundo postapocalíptico.

Por su parte, Joshua Nelson, desde un enfoque psicoanalítico analiza cómo la petromasculinidad sustenta la negación climática de los hombres blancos conservadores estadounidenses (Nelson 2020) y, similar a Daggett, plantea las actitudes negacionistas como respuestas compensatorias ante las ansiedades raciales, de género y ambientales que amenazan el privilegio histórico blanco y patriarcal. Estas prácticas compensatorias derivan en contextos de radicalización política en dinámicas narcisistas, paranoicas y sádicas reforzadas por los mitos nacionalistas y la conversión en supuestos derechos de lo que son privilegios raciales y de género. Toca claves interesantes cuando insiste en que la negación climática no se basa tanto en "argumentos racionales" como en "estrategias identitarias" (Nelson 2020, 8) para contrarrestar el miedo percibido de pérdida de estatus, permitiendo que líderes como Trump encarnen la nostalgia por un pasado industrial/petro-masculino, reforzando el relato de dominación racial y civilizatoria occidental.

El enfoque de Daggett y de Nelson no se centra en la *voluntad* de dominación tanto como en el *deseo* que hay detrás de esa voluntad. Para Daggett, los combustibles fósiles operan como flujos de deseo que canalizan poder y violencia. Frente al miedo y a la incertidumbre de la disolución identitaria y la crisis de la imagen del mundo, la petromasculinidad es un intento de volver a una rigidez identitaria como defensa. Esto para Daggett dibuja un deseo autoritario basado en la ansiedad, acercando la idea del deseo a la postura psicoanalítica que lo plantea como *carencia*.

Daggett (como Nelson) se muestra cercana a Freud o Lacan cuando plantea un deseo motivado o empujado por la ausencia. El deseo se revela por la falta y lo empuja superar esa falta, de ahí que se den esas prácticas compensatorias: un deseo de rellenar un vacío constitutivo de la identidad masculina blanca, potenciado por la *percepción* de pérdida de estatus (que no pérdida de estatus real). Para Daggett, el deseo autoritario proviene de una relación sadomasoquista que ejerce una violencia ecológica como *acting out* de una falta percibida. Esta imagen del deseo, sin embargo, ha sido señalada por algunas autoras como Butler (2012) como problemática: si se reduce el deseo a una falta se corre el riesgo de entrar en un circuito peligroso entre la falta y la adquisición y, por otro lado, se pierde de vista la dimensión productiva del deseo (Casale 2004).

Existe otra forma de entender el deseo, más en la línea de filósofos como Spinoza, Nietzsche o Deleuze, que afirman que desear no es carecer, sino que es afirmar la capacidad de existir y actuar. El deseo es la fuerza primaria que moviliza al cuerpo. El enfoque del deseo como fuerza afirmativa (de un deseo fósil y de una masculinidad reactiva) considero que será más útil a la hora de entender cómo se configura la petromasculinidad políticamente.

Los retos del enfoque de las petromasculinidades

El marco de las petromasculinidades permite entender, a mi criterio de manera más clara que otros marcos de la masculinidad, cómo el género no sólo va de cuerpos e identidades individuales sino también de

estructuras, símbolos y prácticas organizadas socialmente (Connell [1995] 2003). Sin embargo, para respetar esta dimensión socioestructural del género necesitamos una descentralización del sujeto y una comprensión de cómo se construyen sociomaterialmente las infraestructuras e instituciones que configuran el clima político y social que fomentan las petromasculinidades para no individualizar el problema. Oleoductos, subsidios estatales, mercados globales, autopistas, puertos comerciales, acuerdos militares, gobernanzas extractivistas... La infraestructura fósil es un agente activo en las prácticas petromasculinas y entender esta materialidad de los dispositivos de género permite no quedarnos en una mirada individualizadora que sólo ve la performatividad de los cuerpos.

Otro reto de este enfoque pasa por evitar la homogeneización de la experiencia masculina y permitir que en el marco de las petromasculinidades quepa la interseccionalidad y la diversidad. Hay una clara diferencia entre la petromasculinidad de los líderes políticos, de las élites petroleras o de las clases financieras y la de las clases bajas, medias o proletarias. La incidencia de la ansiedad climática sobre la que descansa parte del marco de Daggett es diferencial según grupos de población. Las prácticas, deseos, valores e intereses de un ejecutivo de Exxon difieren de las de un minero de Appalachia o la de un joven blanco con coche al que le gusta quemar neumático frente a sus amigos.

Esta especificidad interseccional permitiría entender también cómo operan las petromasculinidades en espacios fuera del Norte Global ya que existe una gran diferencia en códigos, emociones, valores y prácticas entre las petromasculinidades norteamericanas y las del Golfo Pérsico o las de el caso español. En nuestro contexto, la importancia de la ruralidad y el peso de las renovables en el desarrollismo económico español, así como su conflicto con los sectores rurales y el debate sobre la relación colonial que se puede estar reproduciendo entre el norte español y el sur a través de su implantación (Sánchez Contreras 2025), dialogan con el peso minero y automotriz.

Por limitaciones de este artículo no puede hacerse un análisis pormenorizado de cómo las economías afectivas aterrizan en el caso español, pero sí podríamos apuntar algunos elementos para una investigación futura. No se puede pasar por alto que los análisis de la petromasculinidad tienen un origen y están adaptados al contexto anglosajón. En España, sobre todo por influjo de la cultura franquista, la retórica desarrollista está muy marcada por lo agrario y el sustrato ideológico nacionalcatólico. La nostalgia y la identidad rural son muy fuertes, marcadas por la herida abierta del desequilibrio territorial y el desprecio de clase, con importante presencia de grupos de agricultores, ganaderos y cazadores. No obstante, el desarrollismo español, basado en una estética del hormigón mezclada con orgullo nacional², utilizó la gran obra pública (pantanos, polígonos industriales, centrales térmicas y grandes edificios emblemáticos) como una metáfora del progreso. Esta conexión entre afectos e industria fósil puede verse también en el boom inmobiliario y la especialización turística, donde la pasión por la construcción como promesa de alcanzar el progreso europeo fomentó una alegría y un orgullo propietario a nivel nacional.

Los guiones de género de la cultura desarrollista española se adaptaron a estas retóricas y la posición masculina se ligó al trabajo de fuerza de la obra de construcción, la fábrica (sobre todo en el norte español) y el campo, frente a la debilidad de la masculinidad funcionaria, del trabajo intelectual y del escritorio. El desarrollismo español utilizó el orgullo nacional y la vergüenza por el atraso como parte de su régimen afectivo para promover la estética fósil (Vindel 2020)³.

Por último, querría apuntar la utilidad de cierta reconsideración en la formulación del deseo para poder entender mejor la petromasculinidad. Daggett, al basarse en Klaus Theweleit y Erich Fromm, centra su análisis del autoritarismo en una psicologización (cuasi patológica) de lo petromasculino, pero se echa en falta un mayor peso de la dimensión estratégica de las fuerzas económicas y políticas en la promoción de los valores fósiles. La presión de los *think thanks* petroleros, por ejemplo, son fundamentales en la configuración de valores sociales.

Así, creo que hay puntos que la noción de petromasculinidad podría incluir para mejorar el alcance y la especificidad de su análisis. Y considero que, para ello, la teoría afectiva puede ser una buena aliada. Poner en diálogo la perspectiva de la petromasculinidad con la teoría afectiva puede resultar fructífero en la consideración de las particularidades interseccionales del deseo fósil, así como en la integración de las dimensiones sociomateriales de su cultura. A continuación, presentaré el enfoque afectivo y las contribuciones que considero más útiles para la teoría de la petromasculinidad a través de la obra de Sara Ahmed y Lauren Berlant⁴.

² Sobre la importancia del hormigón como metáfora desarrollista y extractivista fósil véase el trabajo de Gemma Barricarte para el grupo Estética Fósil del CSIC.

³ Se podría seguir profundizando en la estética fósil petromasculina apuntando a la compleja relación entre la cultura del coche y el orgullo/rechazo de clase hacia las culturas *poligoneras*, la estética *choni* y *cani*, la presencia del culto al *tunning* de coches en los '90 y 2000s, su recuperación pop por parte de la Rosalía del *Motomami*, C. Tangana y la nostalgia por los coches clásicos o el trap.

⁴ El enfoque afectivo tiene varias autoras clave, como Patricia Ticineto Clough, Eve Kosofsky Sedgwick, Brian Massumi o Ann Cvetkovich. En este artículo nos centraremos en la obra de Ahmed y Berlant al ser las dos autoras más conocidas y con las contribuciones que considero más interesantes en el área.

El enfoque afectivo y las atmósferas fósiles

La teoría de los afectos no es tanto un corpus unificado de trabajos como un campo de interrogación transdisciplinar que desplaza del centro la racionalidad para ponerla a dialogar con su cara oculta, las emociones. El giro afectivo permite, por un lado, dismantelar binomios clave en nuestra cultura: razón/emoción, mente/cuerpo, acción/pasión y, por otro, permite entender *qué hacen* las emociones, centran el foco en cómo esta dimensión afectiva tiene una labor activa en la ordenación social, también la del género.

Para las autoras que organizan los debates de la teoría de los afectos, los afectos, más que padecimientos, son instancias performativas y colectivas basadas en la capacidad de afectar y ser afectados (Macón 2020) y, por lo tanto, las sociedades están fuertemente condicionadas por las formas en las que estos afectos circulan, se encarnan y se perturban. Los afectos no son tanto una dimensión interior y privada sino prácticas sociales que crean superficies y límites (Ahmed 2017), que generan atmósferas políticas, de anhelos, expectativas, promesas.

Pasar las petromasculinidades por la mirada afectiva permitiría entender, primero, qué tiene de afirmativo, y no sólo defensivo, la constitución de las actitudes negacionistas del cambio climático y su relación con la masculinidad. Y segundo, permite desindividualizar la perspectiva para no centrarla en lo que los sujetos sienten de manera individual o grupal, sino en cómo se ensamblan cuerpos, instituciones y capitalismo de maneras específicas. El aporte de la teoría afectiva a la noción de masculinidad permite entender que el género no es sólo performativo, sino también *atmosférico* (Anderson 2009)⁵, está imbricado en las atmósferas sociales y participa de ellas. No reside sólo en los individuos, sino que también está en las prácticas, los objetos, las instituciones y los espacios que generan *climas emocionales*.

En ese sentido, la atmósfera fósil lo impregna todo, el petróleo no es sólo un combustible de las cosas, es también un combustible del afecto social. El petróleo, materia inerte pero investida con propiedades vivas, modula las imágenes de pasado, presente y futuro, y configura una economía de sensaciones fósiles: el rugido de la máquina, el percutir de unos pistones, el olor a gasolina, la viscosidad del tacto del aceite... Ese imaginario produce una exuberancia simbólica que habla, seduce y promete.

La configuración del deseo de la teoría de los afectos difiere de la noción del deseo como carencia de origen psicoanalítico. El deseo no se basa tanto en alcanzar aquello que no se tiene sino en *realizar algo* que no existe a partir de aquello que se dispone (Casale 2004). El deseo no compensa tanto una carencia, sino que *construye mundos*, conectando así con el deseo de corte spinozista/deleuziano⁶ que ya planteamos como una fuerza relacional, afirmativa y colectiva. Esta perspectiva del deseo nos abre la puerta a comprender qué hay de feliz en la afirmación fósil, cómo el petróleo se presenta como un “objeto feliz” (Ahmed 2019) que satura imaginarios y mueve cuerpos, políticas, mercados y afectos.

En relación con la masculinidad, la teoría de los afectos de Ahmed entendería que la encarnación de ciertas emociones (rabia, asco, felicidad) funciona como mecanismo de reparto de posiciones sociales (los líderes encarnan posiciones afectivas de control estoico, de enfado o de paz calma) y demarcación (la misma emoción, la ira, en hombres es vista como símbolo de autoridad, pero en mujeres es vista como irracional) (Ahmed 2017). Así, la masculinidad se organiza como un orden simbólico que ofrece posibilidades y delimitaciones a los cuerpos. De la misma forma, la cotidianidad masculina se basa en un rechazo afectivo hacia las fronteras simbólicas de lo viril: asco hacia el homosexual, enfado hacia el perdedor, disgusto hacia la mujer, miedo y vergüenza hacia el niño.

Otra contribución importante de Ahmed es su noción de que socialmente existen ciertos guiones de felicidad (2019) que orientan a las personas a ciertos caminos normativos (matrimonio, trabajo estable, propiedad privada, éxito, poder económico, ser deseables/admirados, etc.) que funcionan como directrices afectivas sobre cómo es una buena vida, y que generan un fuerte malestar cuando se tornan inaccesibles.

Berlant, por su parte, centra su análisis en cómo nos apegamos a determinados *objetos-fantasma* con los que nos relacionamos de manera optimista. Berlant define el apego como aquello que “nos descentra de nosotros mismos y nos dirige hacia el mundo” para acercarnos a algo que vislumbramos en una persona, un proyecto, un modo de vida... (Berlant 2020, 19). Es optimista en tanto que orienta una búsqueda activa hacia la consecución del objeto. Se trata de una orientación hacia el placer o la alegría que está ligada a la actividad de construir el mundo. Pero entre estos apegos, es común generar lo que Berlant llama un optimismo cruel cuando se mantiene una relación de apego con un objeto significativamente problemático. Será precisamente esa relación de apego lo que obstaculiza la consecución de la promesa que albergaba ese objeto.

Podemos ver esto en la promesa que se invierte en la imagen del hombre proveedor y valorado, o del *gymbro* exitoso. En ambos casos, estas imágenes funcionan como un afecto estructurante que genera una orientación hacia lo que ofrece una “buena vida”, pero la inaccesibilidad del objeto (por condiciones laborales convulsas,

⁵ Agradezco al/la revisor/a del artículo la recomendación de incluir a Ben Anderson, que desarrolla esta noción en su artículo *Affective atmospheres*, del cual desconocía su existencia.

⁶ Aunque habría que decir que Lauren Berlant muestra un enfoque más bien psicoanalítico, si bien su idea de deseo parece articular en su obra las dos perspectivas: el deseo como motor para conseguir aquello que no se tiene y el deseo como motor afirmativo de creación.

por la insaciabilidad de la imagen del “cuerpo deseado” o por la dificultad de conocer gente) termina por generar un desgaste en un sujeto que, sin embargo, seguirá empeñándose en acercarse al objeto de deseo. El apego a formas de vida insostenibles se sostiene por la promesa de que lo deseado (aunque sea doloroso) brindará estabilidad. Es un apego cruel cuando la persecución de la buena vida es lo que genera una mala vida.

Pero, ¿por qué seguir empeñados en algo que nos hace daño? Esta pregunta es fundamental para Berlant. Cada sujeto tiene una configuración específica de recursos y situaciones y, para muchos, desprenderse del objeto que los orienta supone una crisis mucha mayor que para otros:

los sujetos (...) podrían no sobrellevar bien la pérdida de su objeto/escena de deseo, porque sin importar el contenido de dicho apego, la continuidad de su forma aporta algo a la continuidad de la sensación que el sujeto tiene respecto de lo que significa seguir viviendo y proyectar hacia el futuro su estar en el mundo. (Berlant 2020, 58)

¿Qué nos dice de todo esto de la petromasculinidad? Podemos entender la petromasculinidad no como una identidad individual, sino como un objeto de deseo para los hombres, investido de una promesa de felicidad, prosperidad, seguridad y poder. La petromasculinidad es, entonces, tanto una tecnología afectiva como un régimen de distribución del deseo que orienta a los hombres hacia objetos que prometen poder y control aun a costa de su propia autodestrucción en tanto individuos (en términos de riesgo, salud, violencia) y como sociedad (ecocidio).

Estos afectos no se reparten de manera equitativa entre todos los hombres, sino que suponen fuertes enclaves/refugios emocionales cuanto más dependan de su apego a una forma de vida, pasando a ser una pregunta por quién puede sorportar perder el mundo y cómo se gestiona el vértigo que supone la pérdida.

Así podemos entender de otra forma la melancolía industrial (que no nostalgia, en tanto que no pasa tanto por una idealización del pasado sino por la tristeza presente por una amenaza percibida) caracterizada por la incapacidad de la elaboración de lo perdido y el empuje agresivo contra la injusticia de su reemplazo. El duelo por las infraestructuras de afirmación colectiva (los ritos, la camaradería, las instituciones de afirmación de poder masculino...) generan un miedo y una tristeza que mueve a los sujetos en la dirección de los objetos que se les presentan como sostenedores de la buena vida. No es sólo una orientación identitaria, la identidad implica un conocimiento de sí que no siempre existe. Se trata más bien de orientaciones afectivas de sujetos que no siempre mantienen el control de sus vidas (o más bien, raramente lo hacen) y que tienen que gestionar la incertidumbre en contextos cambiantes.

El enfoque afectivo también nos permite entender que la petromasculinidad se sostiene en infraestructuras materiales, sociales y culturales, en contextos institucionales y políticos que refuerzan la atmósfera afectiva fósil masculinizada. Los terrenos expropiados para minería, *fracking* o extracción de petróleo, así como el tejido de oleoductos, taladros de perforación, autopistas, terminales petrolíferas y plantas petroquímicas son infraestructuras petromasculinas que tejen paisajes fósiles. Al igual que los subsidios a los combustibles fósiles, los tratados comerciales, las guerras por recursos donde se equipara la seguridad nacional al acceso a combustibles (Mitchell 2009), la colaboración con paramilitares para la erradicación de comunidades indígenas para sostener proyectos extractivistas, la masculinización de la industria petrolera y la frecuencia de acoso y violencia contra las mujeres⁷ o directamente, la existencia de grupos como la Atomwaffen Division⁸ o The Base⁹, que mezclan ecocidio con odio racial y misoginia. La atmósfera fósil son también los videojuegos de carreras clandestinas, es la fetichización propagandística de cuerpos obreros o los spots publicitarios que relacionan los trabajos petroquímicos con la dureza o la resistencia y la ilusión de construir un mundo común que defienden los anuncios de Chevron Corporation alrededor de la idea “Human Energy”.

La sensación de derecho (y la consiguiente indignación por su pérdida) no es un capricho masculino, es fruto de la incorporación de funcionamientos sociales y de la celebración de una atmósfera afectiva determinada. Las emociones de la petromasculinidad nacen de un ecosistema afectivo y del optimismo fósil que se teje mediante rituales, espacios, valores de libertad, autonomía y progreso, infraestructuras extractivistas, relaciones de pertenencia y exclusión, arquitecturas deseantes y políticas capitalistas. Cuerpos, instituciones y capitalismo se encuentran enredados en este ecosistema fósil.

De la nostalgia fósil al apego colectivo. Reimaginar la (petro/eco)masculinidad

Generalmente, en las propuestas de cambio es donde suele debilitarse más la teoría y esto en lo que respecta a los estudios de masculinidad es frecuente. Cuando los análisis son más de corte individual, corporal

⁷ Véase <https://www.infoestacion.com.ar/mujeres-en-el-petroleo-machismo-falta-de-oportunidades-y-acoso/> (última visita: marzo de 2025)

⁸ Una famosa red terrorista neonazi que se ha visto involucrada en varios intentos de asesinatos masivos, ha intentado sabotear los sistemas públicos de agua, han buscado destruir la red de transmisión de energía de los Estados Unidos, han planeado es-tallar plantas nucleares para provocar fusiones nucleares.

⁹ Un grupo neonazi survivalista y aceleracionista que abogan por la guerra racial y la formación de etnoestados blancos mediante el terrorismo, la propaganda y el derrocamiento violento de los gobiernos

e identitario, las propuestas suelen girar en torno a compromisos individuales o trabajo sobre los individuos. En los estudios de masculinidades críticas se suele caer en propuestas optimistas que pasan por reconstruir identidades o redirigir los intereses masculinos hacia propuestas más éticas. Cuando son análisis más estructurales ligados a la noción de patriarcado y privilegios masculinos, se cae en cierto pesimismo de género y el cambio en los hombres se vuelve más complejo debido a una cuasi esencialización.

En la propuesta de las petromasculinidades, tanto en el aporte de Cara Daggett como en el de Joshua Nelson, a la hora de proponer la propuesta pierde un poco de contundencia. En el caso de Daggett, la autora propone desvincular la identidad masculina de los combustibles fósiles interviniendo en la asociación simbólica entre el petróleo y la virilidad o el poder patriarcal e incidiendo en el carácter opresivo de las identidades. Propone en cambio una ética que, en vez de inclinar hacia la violencia compensatoria y al control reactivo, profundice en la vulnerabilidad y la interdependencia ecológica. Esta propuesta resulta interesante al vincular diversas estructuras de opresión (misógina, extractivismo, racismo y colonialismo), pero resulta demasiado abstracta al carecer de estrategias concretas en la intervención identitaria o en las transiciones comunitarias. Descolonizar el deseo supone una salida demasiado amplia y abstracta, ¿cómo desvinculamos el deseo de los combustibles fósiles sin caer en desigualdades de otra índole (como el impacto ecológico de los parques eólicos)?

Por su parte, Joshua Nelson propone una redefinición de la masculinidad en términos más amplios y a través de propuestas positivas como la de “padres protectores” o “custodios de la tierra” que consigan apelar a experiencias personales reales de malestar y redireccionarlas hacia la protección ambiental. Las estrategias de Nelson pasan por redireccionar, en una especie de llave de judo discursivo que aproveche la fuerza emocional de discursos nacionalistas de la “excepcionalidad estadounidense” (Nelson 2020, 8) y los redirija hacia la grandeza de salvar al planeta, o dotar de mayor atractivo al acuerdo científico sobre la crisis climática para arrebatar el potencial cohesionador del negacionismo.

Las propuestas de Nelson son más específicas y concretas, y aún estrategias comunicativas con cualitativas y apunta rutas viables de cambio identitario. No obstante, resulta demasiado optimista en la posibilidad de redirigir el nacionalismo sin tener en cuenta la inercia que genera el vínculo histórico entre este nacionalismo, la explotación de recursos y la identidad excluyente. Además, adolece de cierta falta de incorporación de la mirada interseccional que vaya más allá de la mirada en los hombres blancos cabreados (Kimmel 2019) para incorporar intersecciones de raza y clase y la escala global. Por último, como en el trabajo de Daggett, se nota una ausencia de una perspectiva más estructural y material que incluya en las propuestas el cambio de las estructuras corporativas y las dinámicas capitalistas.

El enfoque afectivo podría introducir importantes elementos para revalorar estas propuestas: sin desmontar los apegos fósiles y la nostalgia petrolera, la labor de reconstruir identidades postfósiles se ve dificultada. El afecto público de la petromasculinidad se basa en un apego de optimismo cruel por el cual, aunque se relacionen de manera dolorosa con un objeto de deseo, no pueden soportar la ausencia de ese objeto. En ese sentido, necesitamos un trabajo más delicado de desnormalización afectiva, interrumpir la circulación de afectos como el resentimiento entendiendo su base (por ejemplo, el miedo a la obsolescencia laboral de una parte importante de los hombres adultos).

El paradigma afectivo apuntaría hacia elementos compartidos con Daggett (la reorientación identitaria, la reelaboración de la ira petromasculina, el reenmarcamento afectivo de luchas ecologistas como plantean los ecofeminismos) pero entendiendo que los afectos, en primer lugar, no son individuales sino colectivos y, en segundo lugar, entendiendo que los apegos se atan en atmósferas afectivas.

La promoción de proyectos locales autogestionados que involucren los cuerpos y los afectos y que reenmarquen la lucha ecologista como soberanía comunitaria puede ser una buena propuesta a nivel micro. A nivel macro se puede avanzar hacia la integración de la lucha medioambiental con la lucha de género, promoviendo un trabajo afectivo en los hombres de zonas especialmente vulnerables de reproducir las petromasculinidades (trabajo en igualdad en zonas mineras, en industrias petroquímicas o en barrios empobrecidos de ciudades industriales).

El trabajo afectivo puede incluir espacios pedagógicos como la integración en los currículums escolares procesos de gestión de emociones como el miedo climático sin caer en negación o autoritarismo. En el Plan de Acción de Educación Ambiental para la Sostenibilidad (PAEAS) del Gobierno, por ejemplo, hay poca preocupación por frenar el negacionismo y promover la reflexión sobre los afectos ambientales más allá de informar sobre la sostenibilidad, la economía verde o prevención de riesgos medioambientales. Pero tiene valiosas excepciones como la formación “Educación Emocional para la transición Ecosocial” de Alberto Brasero. Otro ejemplo es el programa de “Capacitación en Gestión del Cambio Climático Emocional” que la fundación Ecología Emocional desarrolló en el 2023. Otras prácticas podrían incluir la visibilización de afectos ocultos (pérdidas ecológicas, por ejemplo)¹⁰ para convertirlos en motores de acción colectiva.

¹⁰ Esto es especialmente interesante de explorar en espacios como las zonas afectadas por crisis climáticas o desastres ecológicos como los sufridos por el DANA en los pueblos de Valencia durante el 2024. Estos eventos pueden generar traumas afectivos que capitalizados por fuerzas reactivas pueden orientarse hacia postulados de odio.

Una parte fundamental que aporta el enfoque afectivo es la de poner el foco en el ensamblaje corporal-institucional-simbólico de las petromasculinidades, lo que permite apuntar al desmantelamiento corporativo, la necesidad de una mirada anticapitalista global hacia las alianzas de estos conglomerados que intervienen en la creación mediatizada de afectos (nostalgia, orgullo, miedo al cambio) mediante anuncios, documentales sobre la identidad petrolera, etc.

¿Podemos imaginar instituciones e infraestructuras afectivas ecologistas en contextos de emergencia climática? ¿Cabe generar espacios afectivos en torno a algo así como *ecomasculinidades*, como han defendido Martin Hultman y Paul M. Pulé (2018)? ¿Cómo son estas ecomasculinidades y qué promesas, qué relaciones de apego pueden generar? ¿Qué afectos estamos movilizandando desde los ecologismos y cómo son los procesos de digestión mediática, institucional y política?

Conclusión: hacia un reenmarcamiento afectivo de las petromasculinidades

En estas hojas he planteado cómo la incorporación del enfoque de las petromasculinidades permite entender de manera más profunda cómo se atan los patrones de género con varios conservadurismos, y entre ellos, el negacionismo climático. No obstante, existen una serie de cuestiones en las que necesitamos ahondar para adaptar el enfoque a los debates globales. Por un lado, el riesgo de la individualización de la identidad petromasculina y la exclusión de elementos materiales, institucionales y simbólicos que las rodean, así como la falta de interseccionalidad y diversidad que existe en el contexto que dificulta entender las diferencias entre petromasculinidades de élites económicas y las de poblaciones obreras o en procesos de exclusión social. Asimismo, el excesivo peso que tiene el caso estadounidense dificulta incorporar especificidades culturales de otros lugares del mundo o ser sensible a la compleja intersección de la petromasculinidad con ejes de clase, religión, etnia, edad, etc.

Propuse que estas tareas pendientes encuentran en el enfoque afectivo un buen complemento. Desde el enfoque afectivo podemos entender de una manera más elaborada cómo se construyen las culturas fósiles como estructuras y atmósferas afectivas, economías sensoriales que modulan las posiciones en relación con lo fósil. Estas atmósferas se *in-corporan*, afectando cuerpos, instituciones y relaciones. Entender esto nos abre la puerta a descentrar el sujeto y plantear la petromasculinidad como un ecosistema fósil, un ensamblaje complejo de niveles micro, meso y macro. Esto nos complica el panorama, pero nos permite redirigir la tarea política, ya no se trata de convencer a los hombres de la peligrosidad de la posición petromasculina, sino de mirar cómo las identidades operan como agarres afectivos que más fuerza tienen cuanto más apegados están los hombres a esas vidas.

Necesitamos reelaboraciones afectivas que vayan en paralelo a nuestro activismo político. No se trata de diluir toda la lucha ecologista en una lucha emocional, pero sí incorporar la dimensión afectiva en las estrategias y tácticas ecologistas. Lo afectivo se ata con lo material, lo discursivo, lo económico y lo institucional. Cualquier aproximación que pase por alto lo afectivo tendrá fuertes dificultades para entender qué mueve a los cuerpos, las voluntades e ideas. Entender el afecto fósil reorienta nuestra acción. Sólo cuando el cuidado reemplace al combustible como gesto político podremos avanzar en el desmantelamiento del apego fósil hacia una interdependencia global.

Bibliografía

- Ahmed, Sara. 2017. *La política cultural de las emociones*. Coyoacán: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ahmed, Sara. 2019. *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Allen, Irma Kinga. 2021. Heated Attachments to Coal: Everyday Industrial Breadwinning Petro-Masculinity and Domestic Heating in the Silesian Home. *Gender and Energy Transition. Case Studies from the Upper Silesia Coal-mining Region* editado por Katarzyna Iwińska y Xymena Bukowska, 189–222. Cham: Springer International Publishing.
- Anderson, Ben. 2009. Affective atmospheres *Emotion, Space and Society*(2), 77–81.
- Berlant, Lauren. 2020. *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Butler, Judith. 2012. *Sujetos del deseo: reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX*. Madrid: Amorrortu.
- Casale, Rolando. 2004. El deseo en Butler y Deleuze: Algunas reflexiones en *V Jornadas de Investigación en Filosofía. Universidad Nacional de La Plata*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Connell, Raewyn. [1995] 2003. *Masculinidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Daggett, Cara. 2018. Petro-masculinity: Fossil Fuels and Authoritarian Desire. *Millennium: Journal of International Studies*, 47(1), 1–20. doi:https://doi.org/10.1177/0305829818775817
- Delgado, Lionel. 2021. La brecha de género. El voto masculinizado a VOX. En *El toro por los cuernos. VOX, la extrema derecha europea y el voto obrero* editado por F. Oliván Navarro, 267–294. Madrid: Tecnos.
- Forchtner, B. (2019). *The Far Right and the Environment. Politics, Discourse and Communication*. London: Routledge.

- Fowks, Lindsey. 2021. *Drilling into "petro-masculinity": A media analysis of the community messaging produced within the extractive industry of Alberta*. Tesis de Master: Northern Arizona University.
- Harteveld, Eelco; van der Brug, Wouter; Dahlberg, Stephan y Kokkonen, Andrej. 2015. The gender gap in populist radical-right voting: examining the demand side in Western and Eastern Europe. *Patterns of Prejudice*, 49(1-2), 103-134.
- Hultman, Martin y Pulé, Paul. 2018. *Ecological masculinities: theoretical foundations and practical guidance*. New York: Routledge.
- Immerzeel, Tim; Coffé, Hilde y van der Lippe, Tanja. 2015. Explaining the gender gap in radical right voting: A cross-national investigation in 12 Western European countries. *Comparative European Politics*, 13(2), 263-286.
- Kelley, Colleen. 2022. The Trump presidency: Democratic fatigue or fascism? *Communication Research and Practice*, 8(1), 4-18. doi:<https://doi.org/10.1080/22041451.2022.2064097>
- Kimmel, Michael. 2010. *Misframing Men: The Politics of Contemporary Masculinities*. Piscataway: Rutgers University Press.
- Kimmel, Michael. 2019. *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*. Valencia: Barlin Libros.
- Macón, Cecilia. 2020. Prólogo. Lauren Berlant: el sonido, la furia (y los afectos). En Lauren Berlant, *El optimismo cruel*, 9-19. Buenos Aires: Caja Negra.
- McCoy, Jennifer; Rahman, Tahmina y Somer, Murat. 2018. Polarization and the global crisis of democracy: Common patterns, dynamics, and pernicious consequences for democratic polities. *American behavioral scientist*, 62(1), 16-42.
- Mitchell, Timothy. 2009. Carbon democracy. *Economy and Society*, 38(3), 399-432. doi:<https://doi.org/10.1080/03085140903020598>
- Moore, Sam y Roberts, Alex. 2022. *The Rise of Ecofascism. Climate Change and the Far Right*. Cambridge: Polity Press.
- Nelson, Joshua. 2020. Petro-masculinity and climate change denial among white, politically conservative American males. *Int J Appl Psychoanal Studies*, 17(4), 282-295. doi:DOI: 10.1002/aps.1638
- Przeworski, Adam. 2022. *Las crisis de la democracia: ¿a dónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?* Madrid: Clave Intelectual.
- Ray, Sarah. 2020. *A field guide to climate anxiety: How to keep your cool on a warming planet*. Oakland: University of California Press.
- Rupnik, Jaques. 2007. Is East-Central Europe Backsliding? From Democracy Fatigue to Populist Backlash. *Journal of Democracy*, 18(4), 17-25. doi:10.1353/jod.2007.a223242
- Sánchez Contreras, Josefa. 2025. *Despojos racistas. Hacia un ecologismo anticolonial*. Madrid: Anagrama.
- Schlosberg, David. y Collins, Lisette. 2014. From environmental to climate justice: climate change and the discourse of environmental justice. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Climate Change*, 5(3), 359-374. doi:<https://doi.org/10.1002/wcc.275>
- Vindel, Jaime. 2020. *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis ecosocial*. Barcelona: Arcadia.
- Vindel, Jaime. 2023. *Cultura fósil. Arte, cultura y política entre la Revolución industrial y el calentamiento global*. Madrid: Akal.